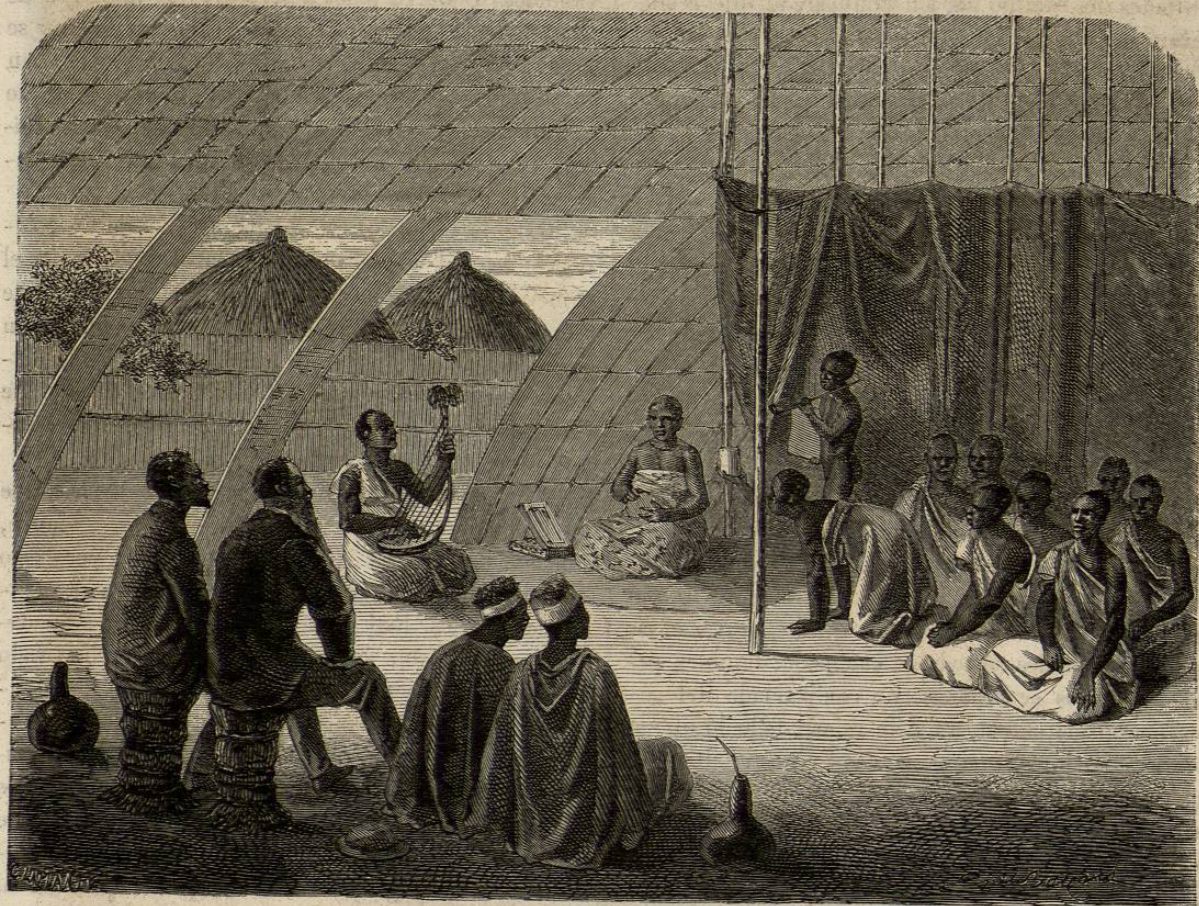


de política salvaje, tenia por objeto tratar á Grant como á una persona aparte que viajaba por su cuenta, para obtener de este modo un hongo particular. Aquella pequeña astucia me hizo sonreír, y di gracias directamente á la reina por su generosidad con los de mi casa, añadiendo «que cuando pudiese traer del Karagué el resto de mis objetos, me apresuraria, segun lo habia ofrecido, á presentarla algunos regalos supletorios. Por desgracia, los enviados del

rey, no habian entendido las instrucciones que se les dieron, y habian defraudado dos veces mis esperanzas, una cambiando el itinerario de Grant, que debia viajar por agua, y la otra, no trayéndome lo que las circunstancias me habian obligado á dejar en manos de Rumanika.

Poco satisfecha la reina con aquellas razones, insistia en que Grant cumpliera con ella por medio de un regalo cualquiera, el homenaje que le era debido.



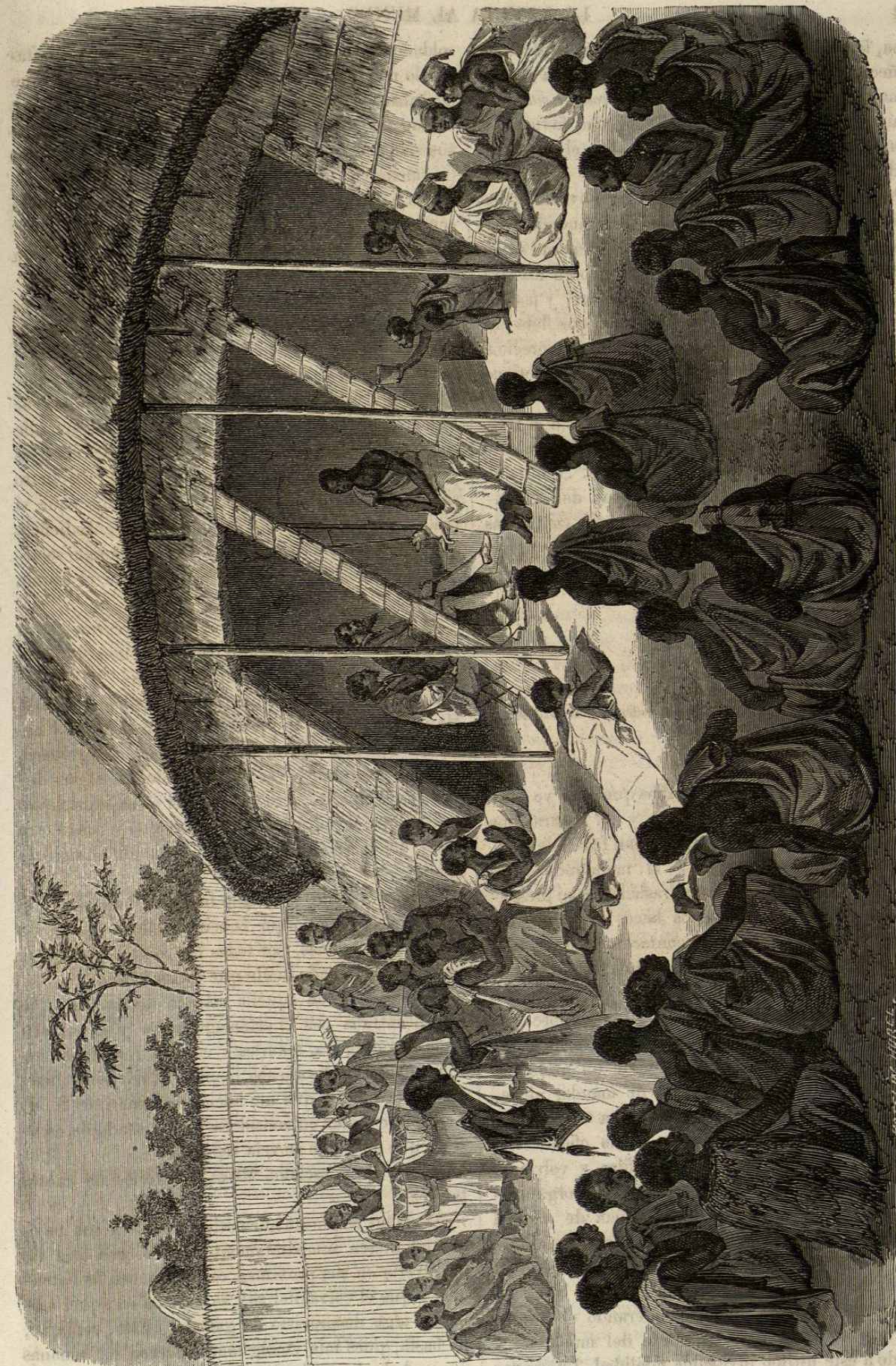
Speke y Grant en audiencia en casa de la reina madre.

Para cortar la conversacion, la pedí «que emplease su influencia para abrirnos un camino hácia el Gani, porque éste era el mejor medio de que viniesen al Uganda aquellas novedades que tanto le agradaban,» y con una sutileza de que no la creia capaz, nos prometió inmediatamente su mediacion «con tal que Grant no marchase al mismo tiempo que yo, porque ella no habia disfrutado bastante de su presencia.» Quedó convenido que al dia siguiente trataria el asunto con su hijo.

Aquel era en realidad nuestro primer rayo de esperanza, y me ocupé en organizar nuestras operaciones futuras para que produjesen algun resultado

práctico, sin causar recelo al caprichoso carácter de nuestro huésped. Pensé que mientras que yo registraba el rio y trataba de navegar hasta el Gani, Grant podia volver por agua al Karagué para buscar nuestro equipaje, y aquella travesía por el lago le permitira adquirir las noticias que no pudo proporcionarse á causa de las maniobras del comandante de su escolta. Quedamos de acuerdo en esto, y todo marchaba al parecer perfectamente, porque seguros ya de poder comunicarnos de un dia á otro con Petherick, todavía teníamos mucho que hacer en el Uganda y en el Usaga.

Durante el resto de nuestra conversacion con la



Besumanos del rey Mtesa.

reina, la vimos arrullar en sus brazos una especie de muñeca, toda cubierta de conchas que tenía casi la forma de esa vegetación que se llama *coco de mar*, indicando aquella muestra de maternidad ficticia, la intención de conservar perpétuamente el estado de viudez.

Por la noche, el príncipe nos ha enviado todos nuestros fusiles y carabinas, y nos ha mandado á pedir una de estas armas: querría también tener el sillón de hierro en que se sentó cuando estuvo en nuestra casa, y además un catre también de hierro, y por último el *Union Jack*, ó bandera nacional que flota encima de nuestra choza. Se ve que da cierto precio á sus visitas y que el honor de recibirlas no se obtiene gratuitamente.

El jefe de los pajes tenía orden de asistir á la traslación de los objetos reclamados y de cuidar de que todo se hiciese según las órdenes del rey. Solo había un medio de rechazar aquella multitud de exigencias, y era ponernos furiosos, protestar contra las exacciones á que se nos quería someter, y dar la negativa más categórica. Esto fue lo que hicimos.

XIV.

El Uganda (continuación y conclusión).—Despedida de Mtesa y de su corte.

3 de junio.—Hacia algunos días que veía yo acudir al palacio del rey, de la reina y del kamraviona una multitud de hombres que llevaban haces de leña. Esta mañana he encontrado á S. M. mandando que el regimiento del coronel Mkavia trasladase á su presencia de un patio á otro aquellos haces cuyo número quería averiguar, y no podía contarlos de otro modo. Mil seiscientos hombres próximamente estaban ocupados en aquella faena, cuando el rey con sus dos lanzas en la mano, su perro al lado, de pie sobre una alfombra delante de la choza central del primer recinto, rodeado de sus hermanos y de un numeroso estado mayor, tuvo la ocurrencia de mandar al regimiento un desfile por columnas para verle más á su gusto; después, volviéndose á sus oficiales les mandó que fuesen corriendo entre filas y volvieran á darle cuenta de su opinión sobre la organización de aquel cuerpo. La consecuencia de aquella ridícula maniobra, debió ser y fue en efecto un desorden general, y después, los oficiales volvieron en actitud de dar una carga al rey, con la lanza en alto, bailando delante de él, ponderando el número de sus soldados y la grandeza del monarca, y jurando á este último inviolable fidelidad. Luego recibió orden el regimiento de dejar sus haces, y los

soldados, armados de palos en lugar de lanzas, imitaron lo mejor que pudieron las cargas y las voces que acababan de dar sus oficiales. Mkavia presentó al rey cinco cabras del Usaga notables por la longitud de sus vellones, y no omitió ninguna de las reverencias (*n'yanzig*) requeridas por las circunstancias. Preguntamos á Mtesa la cifra de su ejército, y se contentó con respondernos:

«¿Cómo la he de saber, cuando teneis á la vista un solo destacamento llamado para trasportar leña?»

El regimiento fue despedido, pero se invitó á los oficiales á que siguiesen al rey á uno de los patios interiores, donde los felicitó por haber reunido tanta gente. En vez de aceptar sencillamente aquella alabanza, se disculparon por no haber venido en mayor número, diciendo «que consistía en que algunos de sus subordinados se aprovechaban de que vivían lejos para no acudir al llamamiento.» Maula, dispuesto siempre á provocar medidas de rigor, dijo «que si tenía que convencer á los vuagandas de la obediencia que le debían, no se volvería á ver un ejemplo semejante de negativa,» y Mtesa, continuando el asunto dijo:

«Faltaros á la obediencia es desobedecerme de la manera más formal, porque yo os he nombrado mi edecan y personificais la voluntad real.»

Apenas fueron pronunciadas aquellas palabras, Maula se levantó y se precipitó á los pies del rey haciendo *n'yanzig* con el más desenfadado agradecimiento. Yo esperaba ver salir de todo esto algún decreto sanguinario, pero S. M., fiel á sus caprichosas costumbres, levantó de repente la sesión y pasó á otro patio, donde solo le siguieron un reducido número de elegidos.

Estando ya allí, se dirigió hacia mí diciendo:

«Bana, os amo porque habeis venido á verme de tan lejos, y además, por todas las bonitas cosas que me habeis enseñado desde que estais aquí.»

Sorprendido con aquella extraña declaración que me encontraba con el estómago vacío y el corazón lleno de amargura, manifesté con un respetuoso saludo cuánto me lisonjeaba inspirar al rey sentimientos tan favorables que me hacían esperar que S. M. se dignase tomar en consideración el estado de escasez á que mi gente se veía reducida.

«¡Pues qué! exclamó Mtesa, ¿careceis de cabras tal vez?»

Al oír mi respuesta afirmativa, mandó á sus pajes que me diesen inmediatamente una docena que les devolvería en sus próximas confiscaciones, en atención á que el corral del rey se hallaba en aquel momento algo desprovisto de ganado. «Esto, repliqué, no basta, pues mis vuanguanos carecen de bananas por no haberles hecho distribución alguna hace quince días.» El rey quedó sorprendido de la negligencia

de sus pajes, y les ordenó que la reparasen inmediatamente.

A pesar de las buenas palabras de aquella corte, se pasó más de un mes antes de que mis reiteradas gestiones obtuviesen del poderoso monarca los medios de proseguir nuestro viaje hacia el Norte. Por fin, en los primeros días de julio parecían hallarse vencidas las mayores dificultades, y teníamos esperanza de que las nubes que había siempre entre las dos cortes rivales del Uganda y del Uñoro se disipasen para nuestro proyecto.

El 4 de julio volvimos juntos á palacio Grant y yo para ofrecer á Mtesa una carabina de Lancaster con municiones de caza y el sillón que tantas veces me había pedido, y para darle gracias al mismo tiempo por el servicio que nos había hecho abriéndonos el camino del Uñoro. Después de haberme disculpado por ofrecerle un regalo tan insignificante, le manifesté la esperanza de enviarle después todo lo que podría desear, bien por medio de Petherick, si le encontráramos, bien por cualquier otro traficante del alto Nilo. Tuve el gusto de añadir que la pólvora y los perdigones reservados espresamente para ofrecérselos en aquella solemne circunstancia, nos habían sido robados desgraciadamente, é insistí en que aquel robo nos causaba mucha pena. El rey, cuya mirada estaba fija en el probable autor del robo,—el jefe de los pajes que tantas veces fue portador de misiones interesadas,—varió hábilmente de conversación, preguntándome cuántas vacas y mujeres quería yo llevar, y al mismo tiempo levantaba la mano con los dedos separados, indicándome que contase por centenas las cabezas que necesitaba. Le contesté que con cinco vacas é igual número de cabras teníamos suficientes, porque no quería recargar nuestras embarcaciones cuando saliéramos del lago Murchison. Respecto de las mujeres, las rehusé alegando motivos que debían parecerle plausibles. Añadí que quedaria muy obligado al rey si tuviera la bondad de dar á cada uno de mis hombres una pieza de tela de corteza (*mbugu*) y un pequeño diente de elefante á cada uno de los nueve mozos de carga *vuanyamuezis* que querían volverse á su casa.

Todo esto me fue concedido sin la menor vacilación por el rey, el cual, volviéndose hacia mí me dijo:

—«¿Es cierto que deseais marcharos?»

—Ciertamente, contesté, porque hace más de cuatro años que no he vuelto á mi país (contaba un año por cada cinco meses como se hace en el Uganda).

—Pues es preciso que cuando esteis en el Gani me envíeis aguardiente, porque esta bebida hace dormir y da fuerzas.»

En seguida fuimos á casa de la reina para despedirnos de ella, pero no nos recibió.

7 de julio.—Mtesa nos ha invitado temprano á que vayamos á despedirnos de él, y en mi deseo de no dejarle más que impresiones favorables, he obedecido al momento. Me puse el collar que me había dado la reina, me ceñí el cuchillo regalado por el rey y procuré hablarle solo de las ideas más lisonjeras para su imaginación, recordando todas las expediciones que habíamos hecho juntos por el lago, las hazañas que me había hecho presenciar, ponderando su destreza y halagándole con el brillante porvenir que se le presentaba cuando se inaugurase el comercio entre Inglaterra y el Africa central. Nos levantamos entonces para inclinarnos á la inglesa, con la mano sobre el corazón; y Mtesa, que nos había contestado con una sensibilidad de buen gusto, nos devolvió exactamente el saludo, gesto por gesto como un verdadero mono.

Apenas salimos de palacio, salió también el rey con su acompañamiento ordinario en el orden acostumbrado, y nosotros nos creímos en la obligación de unirnos á él. Budya, que era el jefe señalado para que nos sirviese de guía, me había producido inquietud, dejándome entrever que se equivocaba acerca de la orientación de Urondogani. Mtesa entró con este motivo en amplias esplicaciones, «porque me amaba mucho.» Cuando llegó á nuestro campo quiso pasar revista por última vez á nuestros hombres, cuyo aire marcial alabó, recomendándoles lo mejor que pudo que nos fuesen fieles hasta el fin. «Con tales soldados me dijo, no debeis hallar dificultad alguna para regresar al Gani.» Volvimos á despedirnos y se alejó á grandes pasos emprendiendo la ascension de una de las eminencias inmediatas, mientras que Lubuga, su linda favorita, nos enviaba con las manos señales de pena y de amistad, y gritaba: «¡Bana, Bana!» sin dejar de seguir al trote á su amor más conmovida que sus compañeras, de las cuales ninguna se mostraba indiferente á nuestra marcha. Entonces nos separábamos probablemente para no volvernos á ver jamás.

XV.

Vertientes del N'yanza y origen del Nilo.

El 7 de julio á la una del día principia nuestro viaje al Norte. El señor Budya está encargado de la dirección general; un lugarteniente del Sakibobo debe proporcionarnos sesenta vacas en la primera estación, y por último, un *vuaungu* llamado Kasoro nos proporcionará barcas en Urondogani, que se halla á orillas del Nilo. Los *vuanuanos* protestan, á falta de razones, de que no llevarán cargas, y nos amena-



Campa de los soldados de la guardia del rey Mosa.



Las cascadas de Ripon. — Salida del Nilo del lago Victoria N'yanza.